

# LA CRUELDAD EN LA UVA

Montilla, Miguel Ángel  
Universidad de Los Andes  
Venezuela

## Resumen

La crueldad en la uva, es una visión del cuerpo semiótico en la canción “Años” de Pablo Milanés, tomando como referente el cuerpo del hombre, desde su nacimiento hasta la senectud. En este sentido, encontramos una serie de símbolos, que apilados uno a uno, sobre una estructura poco fiable, deja construir en su eje, la figura abatida de un ser condenado a un destino consciente. Considerando la claridad de tal certidumbre: la muerte, un acto sombrío por parte de un ser “incuestionable”, “todo poderoso” omni... donde cada surco es un símbolo nuevo. Una arruga en la frente o, un parpado caído, es además, una herida en el alma que mata perezosamente, hasta ser más polvo, más recuerdo y menos ser.

**Palabras clave:** tiempo, transición, certidumbre, muerte, condena.

## Abstract

Cruelty in grape, is a vision of semiotic body in the song “Years” of Pablo Milanés, taking as reference the human body from birth to old age. In this sense, there is a series of symbols that piled one by one, on a structure unreliable lets build on its axis, a dejected figure be aware sentenced to a destination. Considering the clarity of such certainty: death, grim act by being “unquestionable”, “all-powerful” omni ... where each row is a new symbol. A wrinkle on the forehead or a dropped eyelid, is also a wound in the soul that kills lazily, to be more dust, more memory and less being.

**key words:** time, transition, certitude, death sentence.

\*Profesor de la Universidad de Los Andes-Tachira. E-mail: [miguelamagos@gmail.com](mailto:miguelamagos@gmail.com)

Finalizado: Trujillo, Marzo-2013 / Revisado: Abril-2013 / Aceptado: Abril-2013

Cada noche os dedico un adiós muy solemne.  
¿Viviréis aún mañana, Evas octogenarias,  
sobre quienes Dios pesa  
con su garra espantosa?  
*Baudelaire*

Eternamente cansado estoy ahora...ahora es  
eternamente...  
ahora puede ser  
antes y quizás pueda no ser mañana...  
*Adriano González León*

Yo tengo lástima de mi juventud querida  
que  
me abandona...y lloro por la dura vejez  
que se  
me está  
acercando...  
*Teognis de Megara*

Tener certeza de la vejez, es saber convivir con la muerte; del mismo modo que lo es, para el individuo, el conocimiento de la posesión de una enfermedad terminal. El cuerpo vencido es eso y no otra cosa, un cuerpo cansado, agotado...condenado a la furia del tiempo, a las punzadas de la naturaleza divina, al peso impetuoso de la gravedad sobre los hombros, y a los crímenes voluntarios de la naturaleza del hombre: “ las cosas –dice Aristóteles- sufren, en cierta manera, la acción del tiempo”(221 a 30), y hace suyo el dicho de que “el tiempo consume, que todo envejece bajo la acción del tiempo, que todo se borra a causa del tiempo” (Aristóteles en Ricoeur, 1996: 50).

El cuerpo funciona como un producto más del mercado, el cual, viene con la estampa adherida de la fecha de caducidad. Existe la impresión intrínseca, un objetivo transitorio, propio de las leyes de la física. El hombre se preocupa por medir todo cuanto le rodea, desde el tiempo hasta su capacidad intelectual, ello por causa del terrible desconcierto en que se encuentra.

El problema está cuando el hombre es consciente de que es víctima de su propio instrumento de medición. Ser consciente de la pérdida de juventud, es tener presente, que el preciado tiempo avanza irrefrenablemente por

el calendario, vistiendo a su paso de otoño los afables ánimos del cuerpo. Y, reproduciendo cruelmente la sensación de abandono, terror y muerte, en el espíritu del hombre. En estos primeros versos cala con gran atino la idea del porqué *La Crueldad en la Uva*, es la certeza de finitud que abisma, la que ensordece la vida grata, la que desdibuja el cuerpo y el amor: “El tiempo pasa, /nos vamos poniendo viejos, /el amor no lo refleja, /como ayer”. (Milanés, 1980).

La convicción de senescencia genera turbación en el hombre, aniquila todo propósito, todo proyecto, toda intención esperanzadora para nuevas maneras de vida. No es una enfermedad terminal lo que este posee, es un costal de años que pesa más al cuerpo que al almanaque. ““En realidad, -comenta Aristóteles- ni siquiera el tiempo realiza esta destrucción, sino que se produce, accidentalmente en el tiempo” (Aristóteles en Ricoeur, 1996: 50). Es la claridad de un ciclo que está por terminar. Tú, has visto como se cumple ese ciclo en otros cuerpos; pero, no estás preparado/a para ver que ese ciclo se cumpla en el tuyo.

Es cierto, que la muerte es tan impredecible como la luz del trueno, la luz es impredecible, el trueno no lo es. La muerte es impredecible, las consecuencias de los años no lo son. Por consiguiente, el hecho de muerte está próximo, sólo que, no sabes a ciencia cierta el momento de llegada, o de partida, de acuerdo al ángulo en que observas. Mientras más años, más cerca. Es por ello, que tal certidumbre, se convierte en un hecho macabro por parte DIOS para con el hombre: “...En cada conversación, /cada beso, cada abrazo, / se impone siempre un pedazo de razón.” (Milanés).

El elemento causante que predispone al individuo a torturarse cruelmente es la razón, teniendo origen en el hombre desde el momento en que éste, tiene noción de que, hacerse viejo es verse maniatado ante los acontecimientos sociológicos, y al esfuerzo mayor que requiere el cuerpo para el

cumplimiento a tales exigencias transitorias: “El ser no está abocado al mal pero, si puede, debe no dejarse encerrar en los límites de la razón” (Bataille, 1971: 50).

De igual modo, la constante perturbación ataca directamente la psique del adulto avanzado, aflorando en ella una perturbación mayor que abre puertas y ventanas y cúpulas y deja escapar el espíritu vivificante del ser en existencia límite. Ahora bien, la producción de sentido del hombre hacia la vida se hace mayor; por ende, se aferra más a ella y el hecho macabro de tortura por parte de Dios, se pronuncia cada vez con mayor ímpetu.

Entonces se puede decir, que la perversión de Dios no tiene límites, o, que la naturaleza es a su vez desnaturalizada y, que resulta tan perversa como Dios mismo, y que el ensañamiento de ambos, deviene de la aptitud irreverente con la cual ha venido operando el individuo desde que hace uso de sus facultades intelectuales. Y la razón, es la fórmula utilizada por Dios y la naturaleza para ayudarle al hombre a purgar sus procacidades.

Los aspectos simbólicos a efecto de las especificidades del cuerpo en decadencia, comprende un mecanismo legítimo de las actividades internas del organismo, en función de respuestas con el medio externo. En este sentido, existe un complejo sistema de interacción de la estructura interna, con la externa. Este proceso demostrativo se lleva a cabo mediante los impactos generados por factores temporales y biológicos. Que además, pueden tener repercusión en lo intelectual, debido a la amenaza ineludible de los semblantes reales.

Existen también acontecimientos positivos en las expresiones del cuerpo, como de *alegría* y de *felicidad*. Ivonne Bordelois, en un ensayo que denominó *Las Pasiones Claras*, afirma lo siguiente: “La alegría carece del pesado aliento de la envidia, de las tinieblas de la codicia, del descontrol del amor. Spinoza –que hizo de la alegría y la tristeza

los ejes centrales de su Ética- decía que la pasión se vuelve alegre cuando es esclarecida por la razón, y entonces deja de ser excesiva” (2010:99).

Asimismo, dinamiza al hombre *feliz* como un actante utilitario, esto desde la etimología de la palabra, diciendo que “*felix* significa en primer término el que produce frutos, fecundo, fértil. – y que a su vez- Plinio dice que el vulgo llama infelices a los árboles que no dan fruto. También quiere decir favorecido por los dioses, feliz” (p, 106).

Entonces *Alegría* y *Felicidad* son en el hombre, herramienta fundamental para la existencia verdadera. Entendiéndose como *existencia verdadera*, todo el conjunto de situaciones que comprende el vivir desde la acción del entusiasmo. Estas emociones del cuerpo pertenecen al plano sensitivo, que es el ente captor de los acontecimientos axiomáticos de la vida del hombre. Los aspectos ya mencionados fortalecen el temple del hombre si se poseen, pero, en el caso contrario, destruyen, y la manera de manifestarse es a través del deterioro de la imagen corporal: que ataca directamente al aspecto físico, y son las acciones que se suelen denominar como negativas. Su objetivo inmediato es el de posarse en el campo meramente depresivo. Este accionar, constituye lo plenamente doloroso.

El enfoque anterior, ayuda a interpretar a *grosso modo* la postración, la sumisión, el letargo, el sopor padecido por el cuerpo. En el cuerpo joven (animoso-energico) este acto, es un acto externo causado por la situación climática del entorno. En el cuerpo vencido, este acto, se hace natural, causado por la condición temporal-transitoria a la cual está predestinado: “Pasan los años, / y como cambia, lo que yo siento, / lo que ayer era amor, / se va volviendo otro sentimiento.” (Milanes).

El recuerdo, representa en el cuerpo vencido el aliciente vehicular que servirá de bastón a la sobre carga de los pesares

temporales. Pero, los recuerdos poseen una doble intencionalidad, al momento en que te dan placer por los “buenos momentos”, te están reafirmando la distancia de tiempo en que se llevó a cabo tal acontecimiento; además, te está diciendo de alguna manera la cantidad de tiempo que has consumido y, que por consiguiente, es irrecuperable. Esa reafirmación desploma emocionalmente los ánimos, y la tortura se presenta doblemente en esas hermosas fotografías de “buenos momentos”; de manera que, recordar placenteramente tiene sus implicaciones a las cuales no se puede denominar de favorables por las circunstancias anímicas y de estado del cuerpo.

El recordar inserta la retroacción inusitada de los esquemas propios del ser, a los que no podemos calificar como actos voluntarios o involuntarios debido a la complejidad de sentido, y al riesgo corrido por el atrevimiento de catalogar las cosas. La acción de recordar presupone la idea de la reconstrucción de escenas tal vez no del todo gratas, pero que representan momentáneamente un lenitivo al pesar anchuroso del presente. Según un artículo publicado:

Los **recuerdos** son imágenes del pasado que se archivan en la **memoria**. Esos recuerdos nos sirven para recordar algo o a alguien. Así mismo, los **recuerdos** también se definen como una reproducción de algo anteriormente aprendido o vivido, por lo que están vinculados directamente con la experiencia. Según distintos especialistas en psicología, el aferrarse a un recuerdo puede generar depresiones y, en casos extremos, hasta una ruptura con la realidad actual. (Equipo de ayuda psicológica. 2008).

Por otra parte, la mente está sujeta a causas netamente racionales. Simplemente, lo que no conoce no existe o, carece de sentido. Las interrogantes generan curiosidad y la curiosidad a su vez genera deseo de saber. Esta curiosidad y este deseo de conocer generan preocupación y la preocupación arroja resultados, resultados no propiamente

decisivos pero, discurren de modo alguno a una “verdad” o a una aproximación de lo que podría tomarse como verídico, o, resultante significativa: “Porque años atrás, / tomar tu mano, / robarte un beso, / sin forzar un momento, /formaban parte de una verdad”. (Milanés).

Tanto el espíritu como el cuerpo son propensos al desajuste por parte del fenómeno existencial al que conocemos como tiempo. En el campo físico y emocional competente al cuerpo sensible, el desequilibrio obstruye el paso a un desenlace saludable. Ahora bien, los aspectos congruentes que enmarcan el sentido a la vida; no son más, que estructuras semejantes destinados a un mismo fin. Por otra parte, el hecho de convivencia, alimenta en grado sumo los valores de vida en el individuo, y el infierno de la espera se apacigua ligeramente ante la noción de muerte: “Como la muerte es la condición de la vida, el mal que se vincula en su esencia con la muerte es también, de una manera ambigua, un fundamento del ser” (Bataille; 1956: 50).

Debe señalarse, que en el cuerpo vencido, la certeza de muerte permanece constante, es el estigma de la vejez, donde las partes están más que programadas para cumplir con el mandato divino/natural:

Únicamente la sublimación resiste a la muerte. El objeto bello capaz de hechizarnos en su mundo nos parece más digno de adhesión que cualquier causa amada u odiada, de herida o de pesar. La depresión lo reconoce y acepta vivir en y para el objeto bello, pero esta adhesión a lo sublime ya no es libidinal. Se ha desprendido, se ha disociado, y ya ha integrado en ella los rastros de la muerte entendida como despreocupación, distracción, ligereza. La belleza es artificio, es imaginación. (Kristeva, Julia; 1997: 87).

Aprender a convivir paralelamente con la muerte, no es sólo la cosa de predisposición a desaparecer, lo es también el concederle dicha aprobación a esa situación espeluznante, la resignación reina ante los designios de

entidades cuya existencia resulta curiosa.: “En cada conversación, / cada beso, cada abrazo, / se impone siempre un pedazo de temor”. (Milanés).

Vamos a tratar ahora, de formular una especie de simbiosis entre la razón y el temor a la muerte, aceptando ambas circunstancias como bifurcaciones anómalas. En consecuencia, tenemos que el desprendimiento de una de ellas es causado por el mismo acto voluntario propiciado por la certeza de muerte que se avecina. La producción de los males toma un paso acelerado importando sólo los aspectos desestabilizadores en el individuo.

Por otro lado, hay que tener en cuenta como antecedente que la razón es el instrumento dador de origen a este embotamiento situacional. Donde persiste, un conjunto de caracteres que debilitan el órgano generador del pensamiento. Que es además, el receptor primario, en el cual los cambios de estado se reflejan con mayor ahínco: “vamos viviendo, / viendo las horas, que van muriendo, / las viejas discusiones, se van perdiendo / entre las razones” (Milanés).

De cualquier modo, los signos de transitoriedad interactúan entre sí, confabulando en un ritual despiadado para desarmar al cuerpo de toda posibilidad de defensa. El cuerpo queda completamente expuesto a los tratamientos ordinarios de las leyes condenatorias del modus operandi divino/natural con el que debemos convivir armoniosamente.

El individuo es sumergido en la habitación más oscura, más cruel, sin la mínima probabilidad de libertad, es condenado por la razón al padecimiento de una muerte sufrible. El temor a la muerte que genera la razón es el sufrimiento más vil al que está condenado el cuerpo vencido. No existe posibilidad de escapar, no existe llave que redima al hombre de tal pena. Es una habitación sin puertas, sin, sin, sin...

La crueldad en la uva, entendida como tal, es la intoxicación del tiempo en las cosas

orgánicas que forman parte de la existencia y, cuyo destino está signado por lo percedero. Las acciones del tiempo son irrefrenables. A su vez, las cuestiones entendidas como pautas causales de toda funcionalidad ameritan la reflexión para su parcial adhesión del hombre y lo que su existencia amerita. La idea de la degradación del cuerpo es tal vez, la que alarma en su generalidad al hombre más que la misma certeza de muerte. Ya que ésta, es el resultado de los síntomas, es decir, los síntomas son los que duelen por el producto final, mas, no es el producto en sí lo que afecta:

A partir de la madurez se empieza a tomar conciencia del paso del tiempo. **Reflexionamos sobre nuestra vida y hacemos balance sobre ella.** Pensamos en el pasado lamentándonos por no haber podido alcanzar las metas propuestas y pensamos en el futuro, imaginándonos con las facultades mermadas y un aspecto físico deteriorado. (Pulevasalud; 2013).

Los anaqueles del cuerpo, debido al temor a la muerte producido por la razón, confieren en gran parte la problemática del padecimiento del deterioro a las artimañas prodigiosas de Dios y la naturaleza. Se trata, pues, de un mecanismo de programación individual inherente a las situaciones profilácticas, donde el individuo también a parte de sufrir los designios de Dios y la naturaleza, también padece los suyos convenientes, y por eso se dice que: “el individuo es responsable de sus propios actos”, pero, que no escapa de los rieles a los que fue encargada su existencia, es decir, el individuo, puede, o está en la capacidad de retardar el envejecimiento mediante el cuidado de su cuerpo, o, de someterlo a placeres extremos. Corrijo, no de retardar sino de no envejecer antes del tiempo.

Aquí los reyes, los presidentes, y las mises, envejecen de igual modo que el zapatero y el jardinero; por más bienes materiales que se posean, por más saludable que este sea, por más libertad que se tenga, o

por más creyente, el procedimiento siempre es el mismo, el final es el mismo, las arrugas, la joroba, la pérdida de la visión, la sordera... y la certeza de muerte. Se quiera o no, el ciclo es el mismo, la misma fórmula, el mismo recorrido, al menos que ese recorrido sea interrumpido, de lo contrario nada será distinto. Suena terrible, porque es terrible y es así.

Es bien sabido, que el cuerpo transita por un constante cambio, la meta de ese cambio es la consumación de la vejez, la que traduzco como vencimiento (caducidad), en el sentido de la sumisión, de la postración, la derrota exhaustiva de las pasiones humanas: “A todo dices que sí, /a nada digo que no, / para poder construir, / la tremenda armonía, / que pone viejo, los corazones” (Milanés).

El cuerpo vencido, representa la línea divisoria entre la vida y la muerte, ese vencimiento es el cansancio. El cansancio es el primer signo de sospecha a los males de la vejez. Blanchot, al respecto del cansancio afirma: “el cansancio es la más modestas de las desgracias, lo más neutro entre lo neutro, una experiencia que, en caso de poder escogerse, nadie escogería por vanidad”

Años de Pablo Milanés representa la cara de una realidad particular: la del hombre. Años es el tránsito que marca cada uno de nuestro ir: la infancia, la adolescencia, la adultez... etapas gratas y no tan gratas para unos y otros... la cuestión es, lo que implica ese transitar que, a su vez es el proceso de la uva que se vuelve pasa, se reduce, se hace mínima, se arruga, se despidе de su antiguo rostro de uva...asimismo, sentados en cualquier lugar están los hombres y pasando sobre ellos: los años...

#### Referencias Bibliográficas

- González, A. (2007). *Viejo*. Caracas: Monte Ávila editores.
- Bataille, G. (1971). *La literatura y el mal*. Madrid: Taurus ediciones.
- Baudelaire, C. (1992). *Las flores del mal*. Barcelona: RBA editores.

- Blanchot, M. (1993). *El dialogo inconcluso*. Caracas: Monte Ávila editores.
- Bordelois, I. (2010). *Etimología de las pasiones*. Caracas: Fundación Imprenta de la Cultura.
- Kristeva, J. (1997). *Sol negro. Depresión y melancolía*. Caracas: Monte Ávila editores.
- Torrealba, M. (1971). *Líricos Griegos*. Caracas: Instituto Pedagógico.
- Ricoeur, P. (1996). *Tiempo y narración. III. El tiempo narrado*. México siglo XXI editores.

#### Referencias Electrónicas

- <http://www.cancioneros.com/nc/2710/0/años-pablo-milanes> [13/04/13]
- Equipo de ayuda psicológica. 2008. *Memoria y recuerdos*. Revista Digital [en línea] Disponible en: <http://www.ayuda-psicologia.org/2008/08/memoria-y-recuerdos.html> [Consulta 15/04/13].
- Pulevasalud. 2013. *El temor a envejecer*. Revista Digital [en línea] Disponible en: [http://www.pulevasalud.com/ps/contenido.jsp?ID=11038&TIPO\\_CONTENTIDO=Articulo&ID\\_CATEGORIA=103893](http://www.pulevasalud.com/ps/contenido.jsp?ID=11038&TIPO_CONTENTIDO=Articulo&ID_CATEGORIA=103893) [Consulta 10/11/13].